

TRES CIVILISTAS BRASILEIROS (*)

EDUARDO J. COUTURE

SI es cierto el viejo precepto de que el gran fin de la ciencia no es otro que el de buscar la inteligencia perdida, bien han hecho los delegados al Congreso de la Union Internacional de Abogados, en honrar a un mismo tiempo las tres figuras ilustres de Teixeira de Freitas, de Clovis Bevilacqua y de Ruy Barbosa.

Nos convocamos en la casa de este último, verdadero remanso de jardines, todavía con perfume de siglo XIX, en medio de la ciudad bulliciosa que corre con vértigo a nuestro lado, sin llegar a penetrar la paz admirable de este recinto.

Bien han hecho también los delegados, al procurar en estas figuras un encuentro con la inteligencia de un tiempo que ya no nos pertenece, y cuyo significado quisiéramos apresar para que no se nos escapara de las manos su secreto y su profundo significado.

Para que la ciencia sea beneficiosa, decía Montaigne, no basta hospedarla consigo, es menester desposarla. La casa de Ruy Barbosa es, sin duda, el templo donde se consumó el desposorio del hombre brasileño con la ciencia del derecho. El no sólo significa un valor en si mismo, sino que resume y abarca a todos sus predecesores. Nos convocamos, pues, en un verdadero templo de la ciencia jurídica.

No escapa a mi espíritu la circunstancia realmente emocionante de que se me haya escogido para hablar en esta casa. Sus puertas se reabren para mi por segunda vez. Hace ya unos diez años acudía a esta misma mansion acompañado de algunos amigos ilustres que queriam acercarme hacia el recinto donde habia vivido, amado y soñado Ruy Barbosa. Me veo de nuevo, en una luminosa mañana de primavera, atravesar el porton de esta casa, acompañado de aquel espíritu maravilloso, hoy perdido, que se llamó Afranio Peixoto. Recuerdo como si fuera ahora el instante en que él, con Levi Carneiro y Leonidio Ribeiro, felizmente hoy a nuestro lado, me traían para acercarme a ver todas las cosas que habia en esta casa. Recuerdo sus paredes, sus cuadros, sus libros, las plantas que rodean esta mansion de la cual Jacobina Lacombe sigue siendo el celoso an gel custodio. Todo parece volver a vivir y repetirse.

Todo, menos el tema. En ese entonces a mi me incumbia sólomente mirar, escuchar, absorber, aprehender. Hoy me corres-

(*) Oração pronunciada na Casa de Rui Barbosa, no Rio de Janeiro, por ocasião do Congresso da União Internacional de Advogados, de 1951.

ponde, por imperio de las circunstancias, volcar hacia el mundo exterior la emoción de aquella visita y relacionarla con este homenaje que todos debemos a las tres grandes figuras del pensamiento jurídico del Brasil.

La cultura, como la geografía, recibe de tanto en tanto la visita de sus precursores, de sus forjadores y de sus sembradores.

Los primeros son, como se dice en el léxico de la civilización brasileña, "os desbravadores do mato"; a ellos pertenece la tarea de abrir senderos en la maleza, para que a través de los mismos pasen los otros hombres llamados a realizar la efectividad de la conquista.

Teixeira de Freitas fué sin duda un "desbravador do mato" del derecho del Brasil. El recibió las viejas leyes portuguesas, verdadero bosque poblado de especies increíbles, muchas de ellas de secular antigüedad y otras de complicada y tortuosa formación. Entrando en la selva con verdadero coraje de conquistador, él llegó a hacer la *Consolidación* de las leyes brasileñas.

Más tarde, el *Esbozo* habría de ser el sendero por el cual habrían transitar todos los juristas de América que siguieron sus pasos. Verdadero civilizador, incumbe a él el mérito de haber contribuido a transformar el caos en cosmos y haber preparado la naturaleza para el advenimiento de un tiempo mejor.

Ese advenimiento correspondió a la figura de Clovis Bevilacqua.

Clovis fué el hombre que tuvo a su cargo la tarea de forjar el derecho civil del Brasil, a través de la empresa magna de su *Código Civil*. En el tiempo en que le tocó actuar ya había comenzado a palidecer la estrella del *Código Napoleón*, dueño y señor del siglo XIX; y se había acercado a su cenit la obra del *Código Civil alemán*, dueño y señor del siglo XX.

Clovis no se aferró ni a uno ni a otro; pero tomó del segundo los progresos de la técnica jurídica, que vendría a enriquecer considerablemente el admirable equilibrio, la prudencia y la *sagesse* del primero. Forjó el *Código*, como un alfarero realiza con sus propias manos el vaso que se ha confiado a su artesanía. Pero no satisfecho con la obra realizada, y accediendo a los imperativos que las circunstancias imponían, acometió luego la empresa de discutir el *Código Civil*. Y lo discutió capítulo por capítulo, artículo por artículo, párrafo por párrafo, palabra por palabra. Discutir el *Código Civil*. Y lo discutió capítulos por capítulos, artículos; tuvo que luchar incluso con un Ruy Barbosa implacable. Pero la obra del artesano quedó perfeccionada, con la superioridad que adquiere cuando las manos del artesano han adquirido el aliento magnífico del artista.

Pero no quedó Clovis satisfecho con la vida estática de la obra de arte, sino que la quiso todavía ilustrar, acompañar, iluminar durante su propia vigencia. Y desde la cátedra, fué él el principal ilustrador de su propio Código. Fué él quien desde la tribuna académica y desde el libro, proyectó la luz de su inteligencia sobre la solución y las fórmulas del Código Civil. Los ingleses dicen que el autor de la ley es su peor intérprete; pero ésto no há sido verdad en este caso en el que la ley adquirió, en la mentalidad privilegiada del maestro, algo así como un brazo prolongado hacia la comprensión y la más correcta aplicación de sus textos.

Clovis fué, pues, un forjador. El recibió la materia en bruto y la hizo armoniosa. El recibió materiales ígneos y los consolidó, dandoles no solo la forma primorosa, sino también el equilibrio, la prudencia y la eficacia vital, dignas y necesarias compañeras de la forma.

Pero el servicio que al derecho del Brasil habían prestado Teixeira de Freitas y Clovis Bevilacqua no habría estado completo sin la colaboración prodigiosa de Ruy Barbosa.

El civilizador y el forjador fueron continuados por este hombre, verdadero sembrador de las ideas, pródigo y admirable, que, a fuerza de querer tanto al derecho y a su patria, se podría más bien representar como el sembrador de la parábola de Tolstoi, lanzaba el grano con tal fuerza que caía más en el solar del vecino que en su propia heredad.

Ruy Barbosa lo quiso todo, y realizó casi todo; lo supo todo y llevó adelante su conocimiento, entregándolo a su patria como un tributo. Infatigable, pequeño en su envoltura física y gigantesco en sus concepciones, llegó a la edad madura, no sólo para la contemplación, sino también para la realización. De él pudo decirse, como decía Gracian, que cobraba más fuerza el alma cuanto más la perdía el cuerpo.

Yo recuerdo como si fuera ahora, el instante en que, con Afranio, Leonídio y Levi, entramos en el secreto de los libros de esta casa. Recuerdo haber abierto las obras que él mismo manejara con sus propias manos. Recuerdo haber visto ediciones de los clásicos latinos, anotadas cuidadosamente por el y confrontadas con las ediciones francesas bilingües. Recuerdo haber visto ediciones de Shakespeare comentadas y anotadas con su propia e inconfundible letra. Recuerdo una defectuosa edición del Quijote, en la cual el idioma español había sido corregido por Ruy Barbosa como si fuera una prueba de imprenta. Recuerdo como si fuera ahora haber tenido entre mis manos la primera edición del Diccionario Portugués de Figueredo, anotada por él palabra por palabra, línea a línea. Recuerdo haber tenido entre manos la segunda edición del mismo libro, anotada palabra por palabra y línea a línea

en confrontación con la edición anterior. Y recuerdo haber tenido entre manos la tercera edición del mismo Diccionario de Figueredo, anotada palabra por palabra, línea a línea, hasta la mitad de la obra, porque el día en que llegó a una cierta e ignarada página, su mano se heló y la muerte "pulcra y tácita" lo requirió para sí.

Esta casa está transida del espíritu de ese hombre. Conserva de tal manera la fragancia del tiempo en que vivió su dueño, que todavía se conserva la sensación extraña de que él ha salido a hacer un pequeño recorrido por sus alrededores y ha de volver hacia ella dentro de poco tiempo. Las cosas se mantienen intactas como en aquel entonces. Lo preside el espíritu de señorío con que su dueño compraba libros en el Brasil y los mandaba a encuadernar a París. Pero también está aquí presente la sencillez de su vida, la humildad de sus costumbres, aquella misma dignidad con que Ruy Barbosa sostenía su modesta vida, aquel sentido generoso que hacía decir de él, como Pascal, que perdía todo lo que no daba.

Nombre de las grandes causas, tuvo en esta casa el altar dentro del cual ofrendaba a ellas lo mejor de su vida, de su paz y de su sacrificio.

En este instante de la vida del derecho, en que abogados de todas partes del mundo se han convocado aquí nada más que para representar la universalidad de la cultura y la permanencia del derecho, la casa de Ruy Barbosa es el centro del mundo.

La antigua rosa de los vientos de la civilización china, tenía un quinto punto cardinal: el centro, hacia el cual convergían todas las otras direcciones. En este curioso y dramático instante del mundo esta casa es el centro de esta nueva rosa de los vientos de la civilización occidental, hacia la cual convergen por nuestro intermedio, y en el sentido profundo de nuestro homenaje, los anhelos de los cuatro puntos cardinales.